

Los Caballeros del Santo Sepulcro en el Templo de Santa María de Palera

Por EDUARDO RODEJA GALTER

El pasado lunes de Pentecostés, día 22 de mayo, se reunió en su templo del Santo Sepulcro de Palera, que con tanto sabor románico nos recuerdan sus seculares muros aquellos tiempos ya muy lejanos de las grandes heroicidades, el Capítulo de la Noble Orden de los Caballeros del Santo Sepulcro, presididos por el Excmo. y Rdmo. señor Obispo de Gerona, doctor don José Cartañá e Ingles.

El motivo fue la solemne bendición de su campana, que desde aquel día vuelve a sonar y repetir con su eco entre aquellas deliciosas montañas de la Mare de Déu del Mont llamando a los fieles desde su vieja espadaña, que desde tantos años esperaba la renovación de sus sonidos.

Igual que en el siglo XI, Dios ha querido que vuelvan allí aquellos nobles Caballeros, que en otros tiempos reunían a los que querían alistarse para las Cruzadas y daban generoso cobijo a aquellos peregrinos que con su fe, en virtud de promesas y devociones, querían con grandes penalidades, y hasta con el riesgo de sus vidas, que exponían generosamente, visitar las reliquias del apóstol San Pedro, depositadas en el templo del Monasterio de San Pedro de Roda, y las del Santo Cuerpo del otro Apóstol, Santiago, en Santiago de Compostela, era una ruta paralela al Pirineo que, según la leyenda, llevaban guiados por la gran ruta de estrellas conocida por el Camino de Santiago o Vía Láctea.

Con este mismo motivo se construyeron también unos edificios llamados almonas, que todavía la de Gerona conserva una bella fachada con escudos y esculturas, por haber pertenecido este edificio anteriormente a un opulento judío llamado Benastruch de Porta.

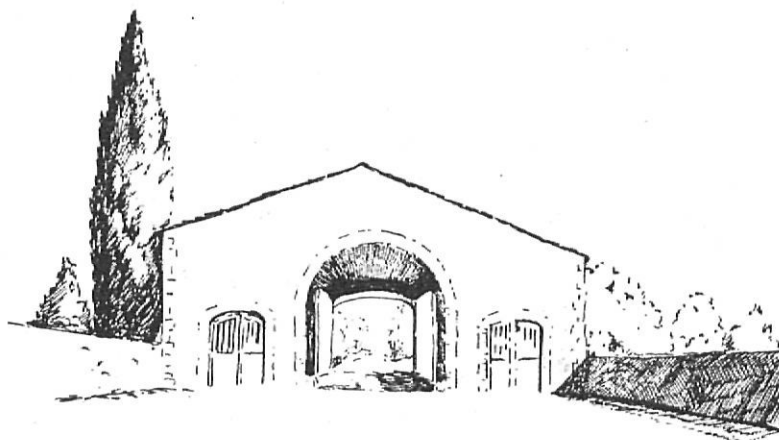
En Figueras existe una concesión que nos da a conocer la importancia del paso de los peregrinos por aquella ciudad.

Es la institución del Testamento Sacramental para que los peregrinos y los grandes desplazamientos de fieles, que desde lugares muy apartados se dirigían a visitar estos monasterios y lugares sagrados, y para que, en caso de verse en peligro de muerte, pudiesen otorgar testamento de palabra todas aquellas personas «que sepa el Obispo que son de buena fe y no fuesen antes fallados en pecado».

En el Monasterio de San Pedro de Roda todavía están en pie los restos del gran edificio situado en la entrada del recinto, frente a la puerta principal de la iglesia, destinado especialmente a dar cobijo a los muchos peregrinos que a él acudían. Constaba de planta baja y dos pisos.

De monasterio en monasterio, de ermita en ermita y de casa en casa, iban los peregrinos por las tierras de este Ampurdán tan fértil y tan generoso, alimentados con lo que les daban hasta llegar a San Pedro de Roda, al poderoso monasterio en el que, por bula pontificia, podían, en el mes de agosto de cada año, ganar el jubileo, y en todo tiempo podían elevar sus oraciones ante las reliquias del Apóstol San Pedro.

Bajo un humilde sayal, con su valona cuajada de conchas (las conchas del peregrino o conchas de Santiago), sus sandalias, su cayado y su calabaza con vino, recorrían a pie enormes distancias, y en esta comarca su paso fue tan importante que, además de las instituciones sostenidas por la noble Orden que nos ocupa del Santo Sepulcro y la de los Templarios, que sostenían sus albergues en Els Cortals de Castelló y en San Juan de Avinyonet de Puig Ventós, cuya comanda todavía existe con el mismo nombre, las principales casas solariegas de propietarios ricos levantaron también ciertos edificios, generalmente algo separados de la casa, destinados a dar cobijo a los peregrinos y caminantes.



Edificio construido en una "Casa Pairal" del Ampurdán destinado a dar cobijo a peregrinos y viandantes.

Y para que desde lejos pudiesen orientarse y evitaran el hacer camino en balde, en el lugar más visible cercano a la casa se levantaban unos cipreses que eran el símbolo de la caridad y significaban que allí se les daba el correspondiente cobijo, y aun para mayor claridad en este lenguaje de señales, cuanto más cipreses había, mayor número de peregrinos se admitían. Es por esto que a Can Noguer de Sagaró hay un paseo plantado de cipreses.

Si nos fijamos bien en muchas de nuestras casas pairales, todavía se conservan estos árboles, que hoy no son más que un adorno, y la mayoría desconocen su significado y no saben que aquellos árboles habían llamado muchas veces a sufridos peregrinos que, rendidos por la fatiga, se encaminaban a sus pies para pedir comida, asilo y amparo, y, a cambio de la hospitalidad recibida, traían preciadas reliquias, que las casas conservaban con veneración y respeto.

Hoy la campana del templo del Santo Sepulcro de Palera y sus Nobles Caballeros no llamarán ni atenderán a aquellos sufridos guerreros y peregrinos, dispuestos a luchar por su santa religión, pero conservarán y nos recordarán una fe y una tradición que, bajo la sombra de sus seculares muros de ocho siglos, nos hace presente aquel señorío y aquella nobleza con que sus antepasados acogieron a todos aquellos generosos devotos dispuestos a los mayores sacrificios bajo el signo de la Santa Cruz.